

Capítulo XI

Haiti.

Ya hemos dado una idea de la isla de Haití. Pero no conocemos ni el origen, ni las costumbres, ni la organización social de sus habitantes. Cuando Colón dirigía sus naves hacia la orilla de aquella isla, que tan bella se le aparecía y que tanta codicia despertaba en el ánimo de sus compañeros, porque los indios de Guanahani les habían indicado que en sus entrañas se encerraba mucho oro, era rey de la isla Guacanajari, valeroso guerrero, á quien no solo los indios, sino hasta los caciques de los varios departamentos en que estaba dividida la isla, profesaban amor, respeto y veneración, por la energía y la bondad de su alma, por el dominio paternal que ejercía sobre todos.

Guacanajari era soberano por derecho de heren-

cia, como descendiente de la raza sublime de soberanos que habían engendrado Vagoniana y la diosa, que para ellos habitaba siempre bajo las cristalinas ondas del mar:

Vagoniana, según la tradición de Haití, era el padre de los hombres, y durante mucho tiempo los tuvo encerrados en dos grutas ó cavernas, sin que les permitiera salir á ver el sol.

Una noche envió uno de ellos, al pescador Huacani, á la orilla del mar, pero con orden de que volviera antes de amanecer.

Desobediente Huacani halló tantas delicias admirando los objetos que tenía en torno suyo, que permaneció en la orilla más tiempo del que le era permiti lo; pasó la noche allí, y al amanecer del día siguiente se trasformó en rruiseñor.

Apesadumbrado Vagoniana por la desaparición de su amigo, cuyos gemidos oía por la noche, mandó salir de las cavernas á las mujeres y á los niños de pecho, y sólo dejó en ellas á los hombres.

Mandó conducir á las hembras á la isla Matinino, que se llamó después Matalino, y se llevó consigo á sus hijos.

Estos, atormentados por el hambre y la sed, exclamaron:

«¡Toa, toa!» Lo que quiere decir: «¡Mamá, mamá!»

Estaban cerca de un río, y se trasformaron en ranas.

Ninguno podía vivir bajo la luz del sol.

Vagoniana era el único que podía desafiar sus rayos.

Buscando á su amigo Huacani por todas partes, descubrió en el fondo del mar una mujer hermosa, y se arrojó al agua para verla de cerca.

La deidad le recibió en sus brazos; ambos libaron la copa del amor, y ella le dió unas bolas de mármol que los indios llamaban *cibas*, y unos pedacillos de nácar á los que dieron el nombre de *guaninos*.

Estos objetos fueron más tarde los atributos de los reyes, y los usaban como cosas sagradas porque habian pertenecido á Vagoniana, padre de su raza.

Los hombres que permanecian en las grutas, no teniendo á su lado ni á su rey, ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron profundamente, y para buscar consuelo se precipitaron en los abismos apenas tendió su manto la noche.

A lo lejos descubrieron unos séres que tenían la apariencia de mujeres, y que subian y bajaban á los árboles *mirabolanos*.

Aproximáronse á ellos y quisieron cojerlos, pero se les escapaban de entre las manos.

Buscaron entonces á los que tenían las manos más callosas, para que pudieran aprisionarlos mejor, y éstos, que recibieron el nombre de *caracoles*, se apoderaron de cuatro de aquellos séres extraños, pero inútilmente, porque les fué imposible con ellos continuar su raza.

Reunidos en consejo los ancianos dijeron á los jóvenes que buscasen al pájaro llamado *pico*, pájaro

encarnado, amarilló y negro, de forma preciosa, y les obedecieron.

Apenas les tocó con su pico el precioso pájaro, aquellos séres se cambiaron en mujeres que poblaron la isla de Haiti.

Tal era la tradicion de aquel pueblo (1 A).

Las grutas en que habian permanecido los hombres hasta arrojarse al abismo, llamábase la una *Cacibaxagua*, que era la más profunda, y *Amayauna* la otra.

Vagoniana y la deidad acuática habian engendrado la raza más pura y más fuerte de la tierra.

Sus hijos, encerrados en las dos grutas estaban vigilados por *Machokael*, el cual no se separaba nunca de la gran embocadura del monte *Cauta*.

Pero este guardian quiso un dia saber de dónde salia la luz, y sin sentir se fué alejando poco á poco del paraje donde debia estar de centinela.

Llegó la aurora, é instantáneamente *Machokael* se convirtió en piedra.

Entonces fué cuando los hombres, abandonando las dos grutas, se dispersaron por Haiti.

Guacanajari, descendiente del Creador, segun los indios, llamábase rey de los reyes y señor de todo cuanto el mar bañaba con sus ondas.

Considerábanle, como hemos indicado, porque habia elevado la justicia hasta su trono, porque habia inspirado el amor á la verdad, porque habia per-

(1) Véanse las notas al final del tomo.

seguido la ingratitud y la hipocresía, porque al mismo tiempo había enseñado á los suyos á cultivar la tierra, á curar sus enfermedades, y los había defendido contra los furores, la maldad y los atentados de sus enemigos.

Ainaima era la esposa de Guacanajari.

De ella tenia dos hijos, dos principes de la sangre de Vagoniana, que debian heredar su trono, los cibas y guaninos, y adornar con ellos su pecho como símbolo de su majestad.

Varios caciques gobernaban bajo sus órdenes los departamentos de la isla, y cuatro de ellos, los más principales, eran reyes bajo el mando de Guacanajari.

Llamábanse Caonabo, Boechio, Guarionex y Gayacoa.

Guarionex dominaba la llanura y poseia más de sesenta leguas en el centro de la isla.

Boechio reinaba en la parte occidental en la tierra ó provincia de Xaragua, donde se encuentra el lago de Xaragua.

Gayacoa poseia el Oriente de la isla hasta el arroyo de Haina, en el punto en que el riachuelo Juna vá á perderse en el mar.

Este era uno de los más poderosos caciques y sus guerreros unos de los más fuertes á causa de su vecindad con los caribes.

Caonabo poseia las montañas y una vasta extension del país, ó sea el Cibao, donde se hallaban las minas de oro.

Guacanajari, rey de los reyes, dominaba en la

parte Norte, en el Estado llamado Mariem, vasta extension en cuyo centro se hallaba su córte á cuatro leguas del mar.

Los departamentos principales de la isla eran Xaragua, Cibao, Higüey, Guahaba, Guacayarima, Amigayahana, Saabana, Sanica, Maguana y Cacibaxagua.

En todas ellas habia tribus, y en la última se albergaban los indios errantes de los departamentos impenetrables que rodeaban las montañas del Nisao.

Todos vivian en paz.

Las sepulturas de los antepasados de aquellos hombres estaban coronadas de flores.

Sus enemigos, vencidos en varias ocasiones, no se atrevian á lanzar sus flechas contra el trono de Guacanajari.

Aquel hermoso soberano dormia tranquilo en medio de las montañas.

La luna velaba sus ensueños de amor.

Era tan feliz aquel monarca, que jamás habia derramado una sola lágrima.

Sus piés hollaban siempre polvo de oro.

Pero de pronto se oscureció durante tres dias el brillante cielo en que bañaba sus miradas.

En el horizonte apareció una corona de fuego, y al volver en torno suyo los ojos, vió que todos sus vasallos, participando de su consternacion, habian acudido á su lado para que les explicase la causa de aquel fenómeno.

¿Qué podia decirles Guacanajari, que no sabia explicarse lo que pasaba?

— Orad, vírgenes, — dijo á las jóvenes indias, — orad, sacerdotes, — añadió, dirigiéndose á los ancianos.

Las jóvenes se hincaron de rodillas.

El fuego de los altares, apagado de una manera sobrenatural, se negó á arder, á pesar de los esfuerzos de los sacrificadores.

— ¡La raza de Vagoniana está maldita! — exclamó Guacanajari.

Los adivinos temblaban.

Los guerreros arrojaban las flechas.

Todos miraban á Guacanajari como esperando de sus labios una orden, un mandato cualquiera.

El rey arrancó de su cuello el sagrado collar y lo arrojó al altar.

El Tzimes, divinidad de forma monstruosa que poseían los caciques y á quien consideraban como un intérprete de Dios y como un consejero, permaneció silencioso.

Pero un doloroso gemido resonó, sin que se pudiera saber de dónde salía.

Los butios, sacerdotes que practicaban las abluciones y los ayunos, y tomaban un brebaje que les sumía en un delirio profundo, durante el cual se les aparecían infinitas visiones, no eran más felices que los demás.

Las vírgenes mesaban las trenzas de sus cabellos, y todo el pueblo haitiano derramaba abundantes lágrimas.

Llegó la noche.

Las estrellas desaparecieron del espacio.

La luna parecía ensangrentada.

El aire era abrasador.

Presa de un vértigo terrible, Guacanajari intentó acabar con su vida; pero el ángel del bien le detuvo, y diciendo á los suyos «Esperadme,» corrió precipitadamente por la llanura, subió á una de las montañas más elevadas, y aguardó allí á que amaneciese para pasar su vista por el horizonte.

Fijos sus ojos en el Occidente, vió dos objetos que le parecieron animales terribles que levantaban sobre las ondas sus poderosos brazos, y se dirigían á él con aspecto amenazador.

Eran las dos carabelas de Colon, que Guacanajari veía por la primera vez.

El terror se apoderó de su alma.

Abandonó la montaña y se refugió en las espesuras del bosque Cibao.

Tantas emociones le privaron de sentido, y pasó toda la noche como si la muerte hubiera colocado sobre su frente su helado dedo.

Al día siguiente, al abrir los ojos, se vió rodeado de sus guerreros.

Los sacerdotes anunciaron el último día de Haití.

Los sábios murmuraron la plegaria de los muertos.

Los madres ocultaban á sus hijos en su seno, y los ancianos, postrados de hinojos, doblaban la rugosa frente.

— No, aún no me ha abandonado el valor, — exclamó Guacanajari.

Y templando la cuerda de su arco, lanzó una flecha que atravesó las nubes.

Un *aura*, ave de rapiña de negra pluma que hendía el espacio, cayó á sus piés como herida por el rayo.

—¡Haiti!—exclamó,—el espíritu de Vagoniana me anuncia que el enemigo llega hasta aquí impelido por las ondas del mar.

Los caciques no tardaron en llegar de todas partes á reunirse con Guacanajari y prestarle todo su apoyo.

La llanura del Yaqui se inundó de indios, todos fuertes como la hacana, madera con que los indios fabricaban sus armas.

Guacanajari les habló en estos términos:

—Paz, hijos míos; Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; arroja la lluvia para que nazca el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa; imprime movimiento á todo, y es causa de cuanto pasa en el mundo; El impone la tristeza y la alegría, la ruina ó la felicidad, la vida ó la muerte; El despier-ta en el corazón de los reyes el odio ó la amistad, la paz ó la guerra!

¡Que el Dios de Vagoniana ilumine vuestro corazón é inunde mi ánimo y le prepare á la clemencia. Caonabo, Boechio y Manicate, templad vuestra cólera; caciques y sacerdotes, que la paz sea con vosotros; vírgenes de Haiti, mi alma no está envenenada con el horrible odio ó en la venganza sangrienta; enjugad vuestras lágrimas, porque en el fondo de mi co-

razón reposa la paz y la esperanza; quiero hacer lo que la flor en la primavera, que exhala sus perfumes en el cielo (B).

En aquel momento repitieron los ecos la marcial música con que los soldados de Colon, al desembarcar en tierra, celebraban su triunfo.

Instantáneamente los indios que se habían quedado en la costa corrieron precipitadamente á refugiarse detrás de los pliegues de las montañas.

Algunos de ellos se acercaron á Guacanajari.

—Rey de los reyes,—exclamaron,—el extranjero huella con su planta las playas de Haiti; su frente es blanca como el fruto de la ceiba; le acompañan indios de Saamoto, de Cuba y de Ganahani.

—Bien venido sea el extranjero,—respondió Guacanajari,—dispuesto estoy á recibirle.

Y mandó que algunos indios fueran en su nombre á ver á Colon para llevarle á su presencia.

Entonces fué cuando el almirante envió algunos de sus compañeros á saludarle, y los intérpretes para que le explicaran cuáles eran sus deseos al llegar á la isla.